

corregir el rumbo musical en la liturgia y para normar su práctica, pues era muy utilizada la “música teatral” o la “música intrusa”³ — como llamaban en la época a la destinada a otros recintos — que estaba relacionada con la ópera y la “música de salón”. Otra señal de su decadencia al finalizar el siglo XIX fue el abandono paulatino del órgano.⁴ Al respecto, Gustavo E. Campa escribió en “La música religiosa en México”:

No han desaparecido los *solos* instrumentales ni las *fermatas* vocales del más florido estilo, ni las cavatinas rossinianas, ni las improvisaciones sobre motivos de *Lucrezia* o *Traviata*. Todo ello existe en nuestros templos y, a mayor abundamiento, en algunos de nuestros principales templos. Hemos escuchado recientemente — dicho sea en nuestro apoyo — en uno de los santuarios más favorecidos, la ejecución coreada por los fieles, del concertante de *Trovador* metamorfoseado en irrespetuosas *Letanías!* (*sic*) En otro, de cuyo nombre no queremos acordarnos, tuvimos el placer de escuchar el *Intermezzo* de *Cavallería rusticana* místicamente transformado en extática *Elevación*, ¡y no una, sino muchas ocasiones, el episodio más tierno del Santo Sacrificio comentado con los marciales acordes de nuestro Himno Nacional!⁵

Frente a semejante panorama, por cierto, similar al de muchos otros países, el *Motu proprio* fue aprobado en México por el episcopado nacional y fue obligatorio

³ Francisco de P. Andrés, “Nuestra música de iglesia: su degeneración y restauración” [1897], en *Schola Cantorum*, año XII, número 3, marzo de 1950, p. 39.

⁴ El órgano es el instrumento litúrgico por excelencia con el que se gestaron las primeras formas específicamente instrumentales (el *ricercar*, el tiento, la tocata).

⁵ Gustavo E. Campa, “La música religiosa en México”, en *Artículos y críticas musicales*, México, Wagner y Levien, 1902, pp. 33-34.